

rán. ¿Por qué quereis que el ave vuele antes de tener alas? La que llamais pereza, es la prudente ninfa que, sellando sus labios con el dedo, dice á los impacientes: ¡Aguardad!

Por eso el arte y el periodismo son incompatibles. No hay arte fácil, como no hay rosas que se siembren y nazcan en el mismo día. Cuando el poeta pasa muchas horas en el campo, con aparente indolencia, está escuchando las voces de sus grandes colaboradores: la voz del agua que se desliza como una falda de raso azul, que no prenden ni rasgan los guijarros del cauce; la voz múltiple de las aves que le traen de los cielos frases hechas; la voz de los vientos susurrando en la fronda de los pinos. Está en la inmensa cátedra de la naturaleza. Ese hombre dormido, es un gigante que trabaja.

Dejadle amar. Amor es un maestro. Decís que pierde el tiempo, cuando ciñe con sus nerviosos brazos la cintura de una mujer; cuando besa una boca trémula ó recorre con los labios una trenza de oro. Pues sin duda os engañais. De esa tierna pereza del amor, nacieron los versos de Tibulo. De esa mujer, que mañana acaso le volverá la espalda, nacerán las estrofas desesperadas de lord Byron ó Heine.

Dejadle que viva para que pueda expresar en forma artística la vida. Dejadle que goce y que padezca, para que esos placeres y esos sufrimientos revistan luego la forma inmortal. No le exijais, sobre todo, que lance sus ideas á medio vestir. La poesía es coqueta. Sólo el artista, su amante, tiene el derecho de entrar á su tocador. Los profanos no la verán con los párpados enrojecidos por el sueño, con la undívaga cabellera sin peinar y las mejillas empañadas por el largo contacto con la almohada. Para salir á la calle, necesita ataviarse primo-

rosamente, y el tocado de una mujer dura mucho. Los poetas que despilfarran su inspiración, no son poetas pródigos, son cínicos. No son artistas, sino reposteros que se ven obligados á servir los pasteles calientes, acabados de salir del horno.

Para el periodista, la idea y la forma son dos cortesanas á cuyas casas se entra á cualquiera hora. Para el artista, la idea y la forma son novias públicas á quienes se enamora con astucia y para cuya posesión se necesita que en las nupcias oficie el sacerdote. La oculta, las acaricia en secreto.

Lo que llamais pereza, es el pudor. Lo que llamais ociosidad, es el trabajo latente. Sin el placer—esa suprema ausencia del trabajo vulgar—no tendríamos las Odas de Horacio.

Dejad á los artistas en coloquios amorosos con sus creaciones. Se despiden de ellas á solas, como el amante se despide de la amada. Mañana esas hijas del espíritu pertenecerán á todos. Mientras son del que las crea, mientras nadie las conoce, mientras no las manche el lodo de la calle, mientras son vírgenes y castas, quiere el artista estrecharlas contra su pecho, como abraza el padre, sollozando, á la hija que va á casarse al día siguiente.

¡Feliz el que sólo escribe para sí y para los que le aman! *¡Odi profanum vulgus!*

EL DUQUE JOB.

Penitencia de los Cajoneros.

Comienza á sentirse en el comercio la animación de la Semana Santa.

Por la tarde, á la hora intermedia entre la comida y el paseo, los coches se estacionan frente á las tiendas de ropa formando en la calle una espaciosa hilera. Salta el dependiente del mostrador y se acerca con una sonrisa de tenor de gracia á la portezuela. Los cajoneros son, rigurosamente hablando, más desgraciados que los cómicos y que los grandes hombres. Se levantan á la hora en que los periodistas duermen. Transitan por la calle juntamente con los carros de la leche y los repartidores del *Monitor*. Ven esas caras alemanas que se destacan entre seis y siete de la mañana, tras los cristales de Omarini, y esos tápalos verdosos que huelen á cajón de sacristía. En tiempo de frío revisten su nariz con el color violáceo del traje episcopal y llegan á tener los pies en el estado agudo del invierno. Saben que tienen manos porque las ven, pero no las sienten. El dueño del cajón, que es una providencia estúpida como todas las providencias de comedia, manda regar el entarimado sobre el que van á descansar los pies congelados de sus dependientes. Allí, tras el mostrador, que es como un resto de los antiguos presidios españoles, pasa el infeliz dependiente largas horas, entregado al placer geométrico de enrollar las telas académicamente, de manera que las extremidades no sobresalgan, ó al deleite sibarita de platicar con una vieja costurera que vuelve

de la iglesia y va después á hacer la compra de media vara de listón ó una cuarta de holanda cruda. Conforme va entrando el día, aumenta la concurrencia. Los cajones son las cantinas de las señoras, el punto en que distraen su ociosidad con la contemplación filosófica de un sombrero nuevo ó de un abrigo de á cien pesos. El cajonero está obligado á ser galante. Debe tener para su uso diario catorce latas de sonrisas aprensadas. Su paciencia debe resistir todos los arietazos de una conversación mujeril, y todas las mercachiflerías de los maridos.

Su erudición debe ser tan vasta, por lo menos, como la de Feyjóo. Necesita estar al tanto de las fluctuaciones de la moda, de los bailes inminentes y de los matrimonios que van á perpetrarse; tener doble vista para no aventurarse abriendo crédito á una bolsa vacía; saber el estado de la salubridad pública para poder participar si la escarlatina del niño tres estrellas disminuye, y si la fiebre de la joven tres luceros aumenta.

Un cajonero es más heróico que los combatientes de Plewna y los dálmatas insurrectos. Es un hombre que ha llegado á hacer de la galantería un animal doméstico, que hace gracias, piruetas y monadas. Es una galantería de repetición con muelle doble. Para él todas las canas son de plata y todos los cutis de terciopelo. Tiene un paladar elástico por el que caben de igual modo los faisanes, los dromedarios y los rinocerontes. Sería un hombre á propósito para escribir la crónica de un baile.

Cuando algún coche llega, salta el mostrador, sin atender á las interesantes protuberancias de sus pies, y se pone á las órdenes de la señora X ó Z, que se consuela de obedecer á su marido mandando á los demás

con despotismo. Debe tener la agilidad de la ardilla para trepar por las escaleras de mano; la fuerza de Antinoo para sostener un Ararath de cajas de cartón, sombreros, gorros y sombrillas; la espina dorsal dócil para las reverencias al minuto y la lengua eléctrica de Figaro para hacer la apología de las telas. Cuando el cajonero es más digno de compasión, es en el supremo instante en que una de esas señoras pára su mil y una carroza junto á la puerta. Ha de tratarla con exquisito miramiento, aun cuando sea casado ó tenga novia. Tiene prohibido el desprecio y limitada la vergüenza. ¡Pobre cajonero!

*
* *

¡Con qué infinitas ansias aguardan esos siervos del trabajo el día de fiesta que los manumita y los liberta! ¡Cuánta poesía encierran para ellos esos preparativos hechos en familia durante la noche del sábado! La camisa blanca con su cuello postizo y sus botones de oro, aguarda sobre una silla cerca de la cama; la ropa nueva recientemente cepillada y oliendo aún á flor de romero, cuelga de la percha: debajo del catre asoman su delgada punta los botines que llevó por la tarde el zapatero, y ya dispuesto para las oblaciones matinales, está el lustroso aguamanil con su limpia palangana, sus jabones de lechuga, los botecitos de pomada, el paño de manos, la gran esponja y las tijeras! El cajonero toma un baño en las primeras horas de la noche; canta en el agua, canta al vestirse, canta al subir las escaleras de su casa; regocijado y satisfecho cena con apetito, fuma un buen tabaco, y se acuesta después con la tranquilidad de un hombre rico, pensando en el reposo reparador de los domingos! El día de fiesta es para ellos el

mar libre: desde la misa oída en el Sagrario á las doce y cuarto hasta el regreso del Paseo de la Reforma.

*
* *

¡Dios mío, si fuera cajonero cuánto podría gozar en los domingos! Cada vez que este día de la semana toca á la puerta de mi oído con los doce toques de la campana, siento el mismo calosfrío de miedo que debió sentir Don Juan Tenorio al escuchar los aldabonazos del Comendador. ¡Adelante! Escondo la cabeza en la almohada, leo algún capítulo de Pérez Escriche para conciliar el sueño y duermo. Tras la trinchera del sueño bien puede soportarse la primera acometida del domingo. Pero el sueño, como todas las grandes felicidades, pasa en un momento. La luz, tan indiscreta y tan curiosa como siempre, penetra por las rendijas, travesea en el cielo raso, juega con las flores de la alfombra, se filtra por las cortinas de mi alcoba, comienza á bailar un wals sobre mis párpados, me hace cosquillas y despierto. Ya me tienen ustedes en pleno domingo. La luz —al fin mujer— me ha arrojado del paraíso como á Adán! Queda otro recurso; no bajarse de la cama; pasar las primeras horas de este día funesto, parapetado tras las colchas. Esta es la última palabra de la pereza. Escucha uno el ruido de los carruajes en la calle; los pasos de los transeuntes matinales que van á sus negocios, el estrépito confuso de esos grandes hormigueros que llamamos ciudades, el bullicio, la vida, y volviendo el cuerpo al otro lado, cubriéndose perfectamente y entornando los ojos, se piensa que es hora todavía de viajar por el mundo de los sueños. En esto hay algo de egoísmo y de mal corazón.

Dormir cuando todos duermen es gozar un placer idéntico al que goza el jornalero más infeliz y el pobre más desarrapado; pero dormir cuando todos están despiertos y el trabajo ha comenzado, es disfrutar un privilegio que halaga como todos los privilegios. En esas horas matinales veo todo teñido con el color del alba; con el color de rosa. Todo me parece sencillito. Miro la felicidad como una poma de oro que puedo arrancar de la rama únicamente con extender el brazo. Es la hora en que todas las puertas se me abren y todas las mujeres me aman como locas. Monto en el caballo árabe de la imaginación, y corro á rienda suelta por los países encantados de la fortuna; visito la caverna de Alí Babá, los jardines de Circe y los palacios de Armida. Sueño con los ojos abiertos y estoy asegurado de pesadillas. Si pudieran prorrogarse esas horas, á nadie envidiaría. El amor y la juventud son los supremos millonarios.

Pero los domingos, todavía con más justicia que otros días, es imposible prolongar estos ratos de indolencia. Las habladoras campanas de la Profesa me recuerdan que es hora de la misa. Me visto, pues, y cerrando los ojos, como quien va á arrojarse á un baño de agua fría, me arrojo de cabeza en el domingo.

Si no estuviera convencido de mi desgracia, bastaría para indicarme el día que es, el primer paseo por las calles de San Francisco. ¡Cuántos horteras *endimanchés!* ¡Qué lujo de corbatas azules, de sombreros de copa alta y levitas cruzadas! Los botines están brillantes como espejos y el cuello de la camisa tiene limpia la hoja de servicios. Los asientos de la peluquería están ocupados, y tengo de esperar una hora larga para que me afeiten. Los periódicos vienen llenos de versos, otra calamidad que debía evitarnos el Ayuntamiento. Con-

tra esos aguaceros de poesías, no hay paraguas que valgan, y es fuerza resignarse á resistirlos. Dan las doce. ¿Vamos á permanecer petrificados en la calle de Plateiros? Las parvadas de levitas negras se estrechan en las casas de Recamier y Genin. Algunos tienen el valor de encaminarse á pie á la Alameda. El calor es cada vez más insoportable. . . ¡Dichosos los que pasan en el campo estos trágicos días! *¡O rus, quando te aspiciam!*

EL DUQUE JOB.

Ricardo Domínguez.

“Un día, Olaf, pescador de Finmark, columbró un barco enorme que atravesando fjords se encaminaba á la ribera. Y no sin miedo echó de ver que en ese barco marineramente ninguno maniobraba ni en su puesto estaba el capitán, y que, impelido por arcana fuerza, la nave salvó sola los difíciles pasos por do al golfo se entra. De improviso, sobre el castillo de popa que tenía grabado en letras flameantes un nombre patronímico, que nadie, en Noruega, recordaba haber oído, sobre el castillo de popa apareció la Muerte, golpeando las tablas con el pie. A ese golpe, el buque-fantasma se abismó en las dudas, y el marineramente, sobrecogido de terror, sin fuerzas para huir, miró distintamente y en lo más hondo de las aguas, acostados en sepulcros de piedra, á veinticinco amigos suyos que, un mes antes, salieron á pescar en Lofoten, de los que nunca jamás se hubieron nuevas, Olaf enloqueció.”

Narran esta leyenda los pescadores de Grimstad en las "noches negras" — noches de tormenta — en torno del fogón, mientras colérico el aire desmigaja los peñascos de la costa.

La traigo á cuento ahora, porque también nosotros, pescadores en océano tenebroso, hemos visto, de lejos, ese barco, en cuyo castillo de popa se alza, lívida, la muerte: también nosotros hemos visto á los hermanos que salieron rientes á la pesca y naufragaron pavoridos en el mar, aun no muy alejados de la orilla: también nosotros repetimos los versos trágicos de Hugo: — *Ou sont ils, les marins sombrés dans les nuits noirs? — O flots, que vous avez de lugubres histoires! — Flots profonds, redoutés de femmes á genoux! — Vous vous les racontés en montant les marées — Et c'est ce qui vous fait ces voix desespérées — Que vous avez le soir quand vous venez vers nous!*

Partieron nuestros amigos al rayar el alba — porque la vida literaria empieza muy temprano — no alentados por las promesas aureas de Jason, no corridos de tierras que les negaran un albergue, como los codiciosos aventureros españoles, sino en busca de islas felices que no existen; de islas en donde, siempre verdes, crecen los laureles; de islas en donde se ama y se es amado eternamente. Cuando pescaban á pocas brazas de la costa, volvían al atardecer, con las redes rebosando de peces multicolores, brillantes, escurridizos.

Però solían hallar á algunos venidos de los mares misteriosos, con abundante copia de corales y de perlas; solían oír relatos de miríficas pescas y por muy noble espíritu alentados, arrojáronse á empresas de fornido empuje. Una racha de viento volcó el bote y yacen bajo la acerada, yerta onda, que, á semejanza de los ojos tristemente verdes, jamás revela su secreto.

¡Cuántos de los amigos, de los compañeros, salidos al amanecer para la pesca, no volverán á calentarse en el común hogar, llegada que sea al fin la obscura noche!

En partant du golfe d'Otrante

Nous étions trente:

Mais, en arrivant á Cadiz,

Nous étions dix.

El último que ha sorbido el voraz abismo, el último cuya voz repiten, todavía vibrante, los sombríos ecos de mi alma, me tocaba muy de cerca: fué mi compañero, trabajó á mi lado, le ví encorvarse al peso de la vida y sentir esas ansias, esos anhelos irrefrenables de emigrar, de irse al campo, al aire libre, que sienten los que no están lejos de la muerte. Ya está en el campo! Ya las fuerzas que él devolvía á la Naturaleza en brotes hermosos de fragantes versos, van á abrirse en flores nuevas. Ya duerme el que buscaba sueño y sueños!

Allí está el cajón de sus papeles; allí su letra menudita cual cadenilla de enlutados no me olvides; allí el sillón hecho para hombre más robusto que él; allí el ancho tintero en que apuraba diario tósigo; allí los recortes de papeles impresos que guardaba. En esos recortes hay muchos versos... sólo versos. Para Ricardo, para el noble y buen Ricardo, sólo existían dos sexos en la naturaleza: el de los pájaros y el de las flores. Su cantatriz, su "diva," era la transparente y límpida agua, vestida toda de iris y diamantes. Su tragedia, la tempestad. Sus monedas de oro — ¡sus únicas monedas de oro! — las estrellas.

Tenía más años que yo, y yo le quería como á un hermano menor, enfermo y triste. Me gustaba conver-